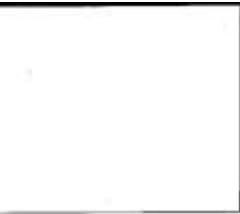



■ Nayibe Peña Frade ■

La traición urbana en clave barroca



Nayibe Peña Frade

La traición urbana en clave barroca



Bogotá es, como cualquier gran ciudad, diversa y sorprendente. La procelosa vida urbana crea, tolera y alienta los intersticios necesarios para que florezcan multitud de formas de vida. Igual las que requieren de un cierto anonimato, las que exigen un piadoso manto que las que cubra o las anodinas. La belleza y la maravilla de las ciudades populosas es que nadie les resulta insoportable, no importa la condición o la pretensión que porte. Toleran no porque sean compasivas o magnánimas –como madres–, sino porque son indiferentes y frías –como algunas hermanas.

Todas las conductas, las ilegales, las inmorales, las transgresoras, las afrentosas, las vergonzantes, las innombrables. Todos los estilos de vida, los sobrios y los desmesurados, los que no soportarían la luz del sol y los que huyen de las tinieblas, los que suscitarían persecución y los ejemplares, los incitadores y los represores. Todos los sentimientos, los veleidosos y los estáticos, los contenidos y febriles, los vivificantes y mortíferos, los ruines y los altruistas. Todas las actitudes, las nocivas y las edificantes, las evasivas y las indignadas, las gregarias y las sectarias, las serviles y las autoritarias. Todas las personalidades, mustias, irascibles, parcas, hedonistas, ascéticas, mitómanas, vengativas, muelles, voraces. A todos los recibe un útero en penumbra cuando regresan de librar su guerra, de paladear su triunfo, de cerrar el cerco sobre la víctima, de tragarse la derrota, de cavar la sepultura, de rendirse al enemigo, de capitularle al vicio, de resistirse al deseo, de presentar la función, de cesar el merodeo, de asediar la presa, de implorar al verdugo, de alimentar el cuervo que le sacará los ojos, de comprar la leche y el pan.

En la ciudad siempre habrá un resquicio para tender el lecho y dejar caer el cuerpo exánime. No importa si el cansancio es por saciedad y regodeo o por amarga privación. Sólo en ese jergón -instante y espacio en los que me hurto de ellos para encontrarme conmigo-, sólo ahí y entonces, lamemos las heridas del día o hacemos la V de la victoria. Es el momento y la posición en que más nos amamos o nos odiamos. Justo antes de cerrar los ojos y quedar librados a nuestros recurrentes demonios....



La aglomeración: creadora y celestina

Las grietas -materiales, existenciales y virtuales- en las que cada uno reproduce su pequeña existencia, casi siempre hacen parte de un tejido de celdas en las que palpitan formas de vida similares. Son los barrios y los conjuntos residenciales en los que se habita. Los sectores de la ciudad en los que se trabaja. Los lugares específicos para hacer equilibrio entre lo que se necesita, lo que se desea, lo que se consigue y lo que en verdad se puede tener. La ciudad es una sarta de ghettos, celdas e intersticios en los que medran colonias de seres iguales entre sí pero distintos de los demás. Es el marco del soberbio collage que forman. La generosa ciudad las contiene y las sostiene. A veces les transfiere armonía. En ocasiones las pone en guerra.

En esas esferas que flotan en el miasma urbano, chocándose entre sí, se desempeñan -con mayor o menor fortuna- los roles. Tanto los que tocaron en suerte y los escogidos como los que se construyen con insana paciencia durante años. Así -sumando celdas, papeles y funciones- se perpetúa la existencia de los grupos, las sociedades, las culturas y las civilizaciones.

Aunque es tan necio tratar de no cumplir roles y funciones como evitar que se conviertan en un derrotero trazado, hay una forma de evadirlos, así sea por un rato. Esa forma de transgredir el destino sólo es posible en las maravillosas ciudades porque son evanescentes, viscerales y frívolas. Su personalidad nerviosa e inestable es la condición imprescindible para que exista ese artilugio. El que quiera usarlo primero debe poseer el anonimato que envuelve y subsume a todo aquel que viva en una tierra de nadie. Es la indiferencia propia de la vida urbana la que permite escapar de la rigidez de la continuidad y ser un poco libre en el episodio.

En las grandes ciudades, las que sólo pueden verse completas en un plano, ningún poder alcanza a controlar la totalidad del espacio ni a la gigantesca, diversa y cambiante masa humana que bulle en él.

Los poderes que reinan en las ciudades colosales de hoy se ven obligados a controlar sólo las amenazas más serias a su propia supervivencia. Para dominar el espacio, las funciones y las personas, para lograr que el todo urbano funcione con la eficacia debida, echan a andar un intrincado sistema de normas, formas de delación y detección, vigilantes, castigos y espacios de reclusión.

Ese palio que aparenta ser muy tupido y cubrirlo todo, tiene agujeros: lo que ninguna regla prohíbe de manera clara, rotunda e inequívoca.

El animal urbano, con maña sutil, agranda esos huecos en el muro. Los convierte en claraboyas por las que entran el aire y la luz. En rotos por los que olfatea la fragancia de otros paisajes. En mirillas por las que atisba fragmentos de realidad que espolean su imaginación. En ventanas por las que espía lo que sucede en el exterior. En salidas sigilosas de las que regresa a voluntad. En entradas camufladas por las que introduce lo que trae consigo cuando retorna de sus escapadas.

La complejidad urbana deja oquedades al abrigo de la luz blanca y monótona de los reflectores que vigilan para impedir, estandarizar y prevenir. Por lo lejanos, lo escondidos o lo pequeños, múltiples parajes quedan fuera del radio de acción de los poderes que dirigen todo ser y todo hacer. En poco tiempo la vida urbana, en fascinante alquimia, convierte esas rajaduras en lugares –reales o virtuales– a los que arriban, agotados y expectantes, los iguales y los complementarios que van a poblarlos. Trasmudan su naturaleza de sótanos, pantanos, catacumbas, túneles y guaridas en locus de gozo, luminosidad, misterio, dolor y gloria.

El juego que propone la ciudad a sus habitantes es apasionante: encontrar –o crear y ofrecer– la burbuja o el bolsón en los que no operen la regla que les estorba, el rol que les constriñe o el estigma que los marca. La sarcástica ciudad permite que se incuben y prosperen rincones, huecos e intersticios en los que algunos se prolongan. Ese es el instrumento para escapar de lo establecido.

Los osados, los hastiados y los inconformes los vuelven su escenario, coto de caza, trinchera, despensa, cadalso, confesionario, cueva, capilla, gabinete, oficina. En lo que necesiten para consumir su transgresión. En ellos devoran, se ofrecen, arrebatan, urden, se apaciguan, brillan, desfallecen, conquistan, se rehacen, se repliegan, tejen, se dejan derrotar, toman lo que les pertenece, entregan lo que les estorba.

Son lugares que sólo se acoplan con determinados seres, que realizan su perfección y su armonía cuando allí coinciden la atmósfera, el individuo y la causa. En sus recovecos cesa el riesgo de tropezarse con las normas, hábitos, modelos, aspiraciones, gustos o necesidades que se enseñorean afuera. La buena nueva de su hallazgo se esparce y, graneados o en procesión, arriban los peregrinos, náufragos, mendicantes y desterrados que tanto los buscaban. Los que fueron expulsados, los que escaparon, los perseguidos por el poder se encuentran –libres– en las fisuras, se agrupan en los intersticios, ocupan los baldíos, colonizan las periferias. Al fin podrán ser –como lo intuyeron y desearon– en territorio amigo y con sus iguales.

El resultado es una ordenada pero críptica secuencia de “espacios” –negocios, zonas, circunstancias, eventos, actividades, aparatos, relaciones– que los habitantes de la ciudad valoran y utilizan de distintas maneras. Por eso suele pasar que un mismo “espacio” sea sentido, a la vez, como ghetto, refugio, santuario, prisión, faro o panóptico. Eso explica que las ciudades sean vividas y usadas de tantas maneras como habitantes albergan. La multiplicidad de estilos de vida fragmenta y estalla a la ciudad, la convierte en un mosaico de piezas minúsculas que se yuxtaponen. Es la realización rotunda del sino fractal con el que nació después de ser largamente soñada.

La ciudad y la vida urbana crean una forma peculiar de libertad porque son ingobernables, su complejidad impide que un solo poder las convierta en mecanismo para su perpetuación. Porque no puede ser homogénea y predecible la ciudad es siempre el teatro de la insubordinación, el lugar

donde comienzan la mayoría de los finales. Porque nadie la vive igual, la vida urbana es la manifestación más diáfana de la finitud.

Eras, geografías y arquetipos

Las interfases de libertad que se dispersan, como esporas por la ciudad, son el envés de un tiempo histórico que se hace carne en el espacio urbano. Lo propio del hoy, del aquí y del ahora que pisamos cada día al apearnos de la cama, el espíritu de nuestra época, es la coexistencia. Es tan intensa, ubicua y obligada la convivencia con la contradicción, que toda forma de vida social es disputada y conquistada, de manera simultánea o alternada, por una libertad febril o por una opresión absoluta. Somos sociedades e individuos tan vertiginosos que ni las victorias más estruendosas ni las derrotas más humillantes perduran lo suficiente para alcanzar su plenitud.

La convergencia que lo particulariza diferencia al nuestro de tiempos anteriores —o paralelos—, en los cuales eran —o son— más usuales —o creadas— la disyunción y la depuración.

Un orden que se propone regir sobre todo lo que es, una creencia que quiere eliminar a las demás, una estética que pretende darle unidad al mundo, una ética que persigue informar todas las relaciones, una lógica que sueña con apropiarse de cada decisión, un productor que se afana por convertir en objeto cualquier deseo. Realizar esos delirios otorga a su detentador un poder portentoso pero preñado con su propia destrucción: produce el hartazgo de los prosélitos, el exceso de los conversos y la insubordinación de los subyugados.

La profusión de prohibiciones y amenazas, la repetición de himnos y admoniciones, la reiteración de fórmulas, la distorsión de los duelos y el desgaste de los homenajes. La reducción del espectro de lo debido, lo deseable, lo adecuado, lo necesario, lo importante y lo verdadero. Esas opresiones facilitan y permiten reimplantar el orden y la unidad. Los aseguran una vez conseguidos. Pero la embriaguez del caos superado termina y la vida sigue su curso

después del festín de celebración. Se encuentran entonces —en la misma cama o en la mesa— vencedores y vencidos, vuelven a escasear la ilusión y la esperanza. Cuando el horizonte de nuevo se nubla, muy despacio, aquello que tanto se anheló, en lo que tanto se creyó, eso mismo, se vuelve pesado fardo, asfixiante rutina, mutilación insoslayable.

Aunque por un tiempo —el que se requiera para conjurar el desmadre, reparar las jerarquías y restablecer la disciplina— hay que acotar lo posible, el resultado inevitable de tan eficaz estrategia es que quienes la aceptaron como la única o la más expedita solución, la experimenten como indignante dictadura. Entonces el salvador deviene tirano, el padre se transmuta en sátrapa, el tutor muestra su faz aviesa. Los regímenes decaen. Se vuelven tan odiosos que engendran, nutriéndolas con su propia pulpa descompuesta, las ideas de misión, deber, causa y lucha que a la postre los derrocan. Tras la hermosa retórica libertaria, con y por ella, vienen las rebeliones y defensas, las revoluciones y contrarrevoluciones. Iguales por la sangre, la carne y el sudor que exigen como sacrificios colectivos para otorgar su dádiva.

En los totalitarismos siempre germinan y hacen escandalosa floración individuos que se sienten llamados, escogidos o investidos para ser héroes, mártires, caudillos, iluminados, profetas y salvadores. Cuando los reconoce, la sociedad, reprimida y cansada, se hinca reverente ante ellos, toca con su frente el suelo que pisa el esperado. Se inflama y consume de pasión, responde a su carismático influjo, hace suyas sus pasiones, lo sigue en su cruzada, se convierte en carne de cañón bajo su mando, marcha a la carnicería entonando cánticos gloriosos. A los soldados anónimos de estos generales no les importa si su caudillo triunfa o pierde. Sea cual fuere el resultado de la guerra, ellos, ingenuos y obnubilados, alcanzan el paroxismo de la inmolación colectiva, la orgiástica liberación de sí para ser en el todo.

Al contrario de esos episodios históricos que permitieron —y permitirán— las epopeyas y los próceres, los tiempos que corren hoy son de lo

cambiante y lo fluido, de lo inestable y deletéreo. La época está hecha de cruces fugaces de momentos, lugares y personas. Son los tiempos de lo que existe ya pero, con toda certeza, va a fenecer en los próximos minutos. La realidad se presenta como una secuencia monótona de anécdotas que se repiten. Cada día trae una forma distinta de gula. La saciedad nace con el hostigamiento debajo del brazo. Los de hoy, no importa su edad, son seres siempre empalagados pero insatisfechos, glotones compulsivos.

La fugacidad es el lenguaje universal, la moneda para tasar todas las transacciones, la gran operación por default. El arroba. Ese exceso de finitud produce un malestar perentorio, insidioso, inasible. Un cansancio sin motivo que no da tregua. Decaimiento. Atonía. Hermetismo. Circularidad.

En tiempos así no se crían héroes. Nos cocemos en un caldo nutritivo para seres y estilos rebuscados, artificiosos, calculados, fríos y desarraigados. Son los días propicios —los que habían ansiado— para las personas que se atreven a vivir según su atrabiliaria voluntad.

Las ciudades en las que habita esta época son neuróticas. No son el locus de individuos que luchan sino de personajes que actúan detrás de una máscara.

Montajes, guiones y espejismos

Muchos seres, episodios y deseos se abrazan en esa blanda medialuz, en ese ritmo convulso, de los territorios libres.

Los que se ahogan dentro de lo que decretaron para ellos la naturaleza, la sociedad, la economía o la cultura, suelen convertirse, si no matan su ser de alguna manera, en seres dramaturgicos y maquinadores. Esa estrategia les permite ocultarse de miradas crueles y a veces, con una misma operación, asegurarse el afecto, la adherencia o la fascinación de los otros. Juegan a parecerse cada vez más a lo que desean ser, pero que todavía no son o que no podrán ser. Construyen la versión de sí que

circula por el mundo. Son eficaces manejadores de su propia imagen. Así consiguen ser tratados por los otros según se lo propongan.

Tienen la sutileza para que no se les enreden los hilos, la paciencia para no dejar cabos sueltos. Portan la frialdad para evitar que se cuele la contradicción en el universo cerrado de la versión de sí que echan a rodar. Su placer más intenso es el retorno de esa bola de nieve crecida y deformada en la que reconocen —triunfadores— el núcleo que ellos le dieron.

Urden humildes o sofisticadas mentiras que, como puertas, los dejan entrar y salir según su capricho. Muchos evolucionan hasta convertirse en sublimes hacedores de mitomanías. Cada día son más perfectos en el arte de construir mecanos con piezas que entre más usan menos se desgastan.

Lo masivo y caótico de la vida urbana les permiten, por igual, perderse el tiempo necesario para perfeccionar su ficción —y hacerla más eficaz—, reajustar la historia —sellándole los poros— o cambiar de teatro —cuando sus mentiras quedaron al descubierto. A veces sus guiones y actuaciones requieren de ciudades distintas. En cada puerto han dejado un retazo. Para cada metamorfosis tienen un lugar. No despliegan todo su ser en una misma geografía.

Estos demiurgos de sí, los que mantienen a raya la voluntad de los otros, los que impiden cualquier intromisión, los que nunca son sorprendidos ni pillados. Ellos necesitan —o crean— un tipo particular de territorio libre, no cualquiera les sirve. Por ellos y para ellos existen muchas formas de "espacio teatral". La ciudad crea tarimas —reales y virtuales— a las que afluye un auditorio que quiere mirar. Justo el que necesitan los que quieren poner en escena su ficción de sí mismos.

En esos palcos transpiran y resuellan un público selecto y especializado pero también el espectador específico, el ideal, que anhela el debutante. El actor debe encandilar a ese público abigarrado y exigente para consumir la venganza, apresar el amor, asustar

la soledad, ajustar cuentas... encontrarle algún gusto al existir. Observados y observadores son cautelosos. Igual van a escoger; calibrar, comparar; asediar, adquirir; permutar; caer rendidos. Afluyen allí a ceder o a resistir al asedio que ha sido primorosamente montado por y para ellos.

Tales escenarios, per se agitados y compulsos, son autocontenidos, comienzan y terminan en sí mismos, se explican en un sólo contexto. Son el Aleph. En eso consiste el leve o enorme sosiego que procuran: allí no entra la contradicción.

Calamidad y devastación

Pero Bogotá deja de ser un artefacto tan fascinante entre mediados de noviembre y comienzos de Enero. En esas siete semanas traiciona su naturaleza. Se uniforma. Expulsa, nivela, aplasta, segrega. Alisa las rugosidades y al hacerlo destruye miles de formas de vida que se escondían, pacíficas o al asecho, entre sus pliegues. Descorre los velos y expone a la luz. Purga, depura y limpia. Se sacude. Escoge, selecciona y prefiere a unos sobre otros. Premia y castiga a su

arbitrio. Iguala con violencia. Se ensaña con unos y exalta a otros. Muestra su faz ruin. Se vuelve letal.

Su apostasía obliga al éxodo derrotado. Conстриñe a retardar el regreso hasta que bajen las aguas, se apaguen los rescoldos, se asiente el polvo, se muera el virus, desaparezca el efluvio. Los expulsados, dispersos, aguzan los sentidos para interpretar la señal que anuncie el fin del destierro. Ansían volver a reconstruir su pequeña existencia. Se sueñan maravillosas mariposas en el aire urbano mientras desgranar su espera de orugas en el exilio.

Aguardan en la diáspora el momento del retorno. Sueñan con abrir las ventanas para que desaparezca el moho que se acumuló durante su ausencia, surtir la nevera, preparar el café, asolear las cobijas. Regresar para construir un nuevo hogar; desembalar las cajas, poner cada cosa en su lugar; guardar las maletas al fin desocupadas en lo alto del closet, debajo de la escalera o en el depósito del sótano. Buscar la panadería, el paradero de los buses, la lavandería, el gimnasio, la licorería, el banco, la zapatería. Volver a los territorios libres, al mundo de los vivos.



La vida urbana, por su incontrolable magnitud deja zonas francas en las cuales pueden *ser* muchos grupos, personas y conductas, imposibles en otro contexto social. Esos territorios libres tienen muchas formas distintas. Algunos son locales en los que funcionan negocios especializados en satisfacer cierto tipo particular de demanda. Otros son sitios web. Eventos masivos en escenarios y fechas ya programados a los que asisten espectadores específicos. Puntos y horas de la ciudad en las que se reúnen sólo las personas que saben lo que allí va a suceder. Miles de circunstancias en las que alguien propicia algo para un escogido.

Así, y de otras formas, se congregan los iguales. Entre ellos hacen, reciben, ofrecen, muestran, observan, satisfacen, encuentran, dejan, buscan, obtienen, pierden. Los contertulios de esos espacios asisten a ellos para *ser* de una manera particular que sólo allí está permitida. En ese lugar o momento es usual, normal, común y natural lo que en un espacio-tiempo distinto sería impensable, prohibido, vano, censurable, vergonzante, ridículo, chocante, patético, pretencioso, artificial, obsoleto, pesado.

En esos parajes se *es* —se dice, se hace, se expone— sin temor ni vergüenza. Cada persona que está en ellos conoce los códigos que los rigen, por eso los comprende y los vive de la manera correcta. Los otros con los que se comparte el encuentro se asumen como "de los míos". Los acudientes confluyen en circunstancias que les resultan habituales, les es común una característica que los diferencia de los demás, tejen sus redes sociales, sexuales y afectivas entre sí. Experimentan un fuerte —pero temporal— sentimiento de pertenencia e identidad. Aunque no sea la felicidad o la seguridad, ni siquiera el bienestar, es una percepción grata, al menos sedativa.

Espacio-tiempos así son accidentales pero creados, de forma deliberada por alguien que convoca o atrae, por rutina o por suerte. Son abiertos a un público masivo y anónimo o a uno específico. Son íntimos, privados, clandestinos. Son estables, trashumantes, identificables o furtivos. No importa su origen ni la manera como se realicen. Tampoco la relación que establezcan con el contexto social del que son alternativa, consecuencia o reacción. En



todo caso, en esos espacio-tiempos, las personas son como han escogido ser —o se han resignado o aceptado ser. Son para sí y sus iguales, no para otros que esperan o les exigen que existan como en verdad no son.

Sólo aquí pueden utilizar algunos instrumentos: ropa, maquillaje, palabras, gestos, alimentos, bebidas, perfumes, colores, sonidos, movimientos, ritmos, miradas, tonos, temas, ademanes, acentos, fórmulas, modales, adornos, saberes, destrezas, órganos. Hasta el momento de concretarse la congregación, esta parafernalia debe estar guardada, oculta, inactiva, cubierta, conservada, enriquecida. Sólo allí y para los iniciados es apropiada.

La ciudad permite estos lugares pero, de la misma forma, los amenaza y, entre noviembre y diciembre, los golpea y los elimina. Pasa su cuenta de cobro. Los territorios libres son tratados como ghettos y sus contertulios como marginales. El poder localiza a los transgresores, los identifica, los señala. Los dispersa. Muchos espacio-tiempos cierran, se ocultan, se vacían, se van. Sus desposeídos —sus claudicantes— retoman al redil social, salen de la ciudad, bajan el perfil, se carcomen, se suicidan.

La embestida y el enemigo

Su antagonista más terrible no tiene cuerpo pero sí una artillería a través de la cual se manifiesta. No tiene voz pero sí un ritmo que se acelera y aumenta de volumen hasta que no deja espacio para otro sonido. No despacha en una oficina ni administra desde una institución. No circula por un canal ni tiene una logística para repartir o sustraer. Pero avasalla, se posesiona, avanza, irrumpe, copa, toma, allana, rompe, incendia. No usa catapultas ni arietes, no dispara ni estalla, no clava ni desuella, no quema ni hierve, no decapita ni desmembra. Pero también produce lágrimas y sangre, humillación e ira. Intimida e indigna. Tampoco da cuartel ni se conmueve, igual se ríe del vencido, lo escarmienta, profana las tumbas donde moran sus muertos, destruye sus sembrados y corrompe sus pozos.

Este conquistador portentoso y voraz, las huestes alebrestadas que le siguen, el asolamiento que trae consigo, esa maldición, viene cada año. Implacable, regular y testaruda pero aún así impredecible. Nunca se sabe si su reciedumbre es la misma, si su fuerza aumentó o si se debilitó. La devastación que produce es siempre atroz pero jamás igual, quizás,



porque la ruina que dejó se reconstruyó distinta. La reconstrucción adquirió un ritmo tal que también fue creación.

La plaga que se abate sobre la ciudad es la homogeneidad

La nivelación empieza su campaña desde comienzos o mediados de Noviembre. En esa fase la infestación es soportable porque se concentra en focos que no es necesario frecuentar. Los primeros lugares urbanos que caen son los centros y zonas comerciales especializadas y los almacenes —empezando por los más grandes y concurridos. Luego los brotes eclosionan en el espacio público que la ciudad más valora, cuida y exhibe. Después siguen las oficinas y entornos de trabajo administrativo.

Poca gente asiste a estos sitios, apenas sus clientes, usuarios o consumidores. Su uso es voluntario y esporádico, lo que se hace allí es postergable o prescindible. Excepto para los que trabajan en ellos. Los operarios de esa maquinaria urbana particular tienen la obligación de estar ahí, deben cambiar su gesto y su apariencia para servirle a la actividad, la necesidad o el capricho de la fábrica y el patrón.



Sólo cuando cesa la jornada pueden disponer de sí mismos.

La profusión de síntomas es la trompeta que siguen las emisoras de radio y los canales de televisión. El dial se suma con la música que difunde. La pantalla aporta los set, los temas, las vestimentas y los gestos acentuados de los presentadores de sus programas de variedades o noticieros. La incorporación de los medios es el toque de campana para iniciar la siguiente arremetida: la publicidad comercial e institucional en la radio, la televisión, las revistas y los periódicos, en las fachadas y vallas, en los postes y muros. La peste que hermana a la fuerza se catapulta en los catálogos comerciales que seres invisibles dejan entre la correspondencia, debajo de las puertas de las casas, en los casilleros, en el respaldo de las facturas.

Comienza así el incesante, insidioso y estridente martilleo que marcará los días y desvirtuará las noches. Que irá en crescendo. Que aturdirá sin escapatoria. El mecanismo de la repetición ha sido echado a andar. Aumentará hasta que se apropie de todos los emisores y se cuele en todos los mensajes que circulen. Hasta que haga de los miles de receptores uno solo, condenado, sitiado, recluido. Será tortura, será martirio.

Para todos los habitantes de la ciudad es obvio que el contagio es ineludible, que entró en su fase irreversible. Ya no hay nada que hacer. Todo quedará cubierto, será allanado y disuelto. Los que se sienten despojados y agredidos, los que se saben perdedores y sufrientes, los incomodados y entorpecidos, como sombras, evitan los centros desde donde irradia o se concentra el mal. Transitan siempre la periferia, se atrincheran en los reductos que aún resisten. Tratan de tomar aire allí.

Como en todas las guerras, la inminencia del aplastamiento desencadena las capitulaciones. De lo inevitable hay que sacar partido. Emergen los aliados y oportunistas que le ofrecen al nuevo amo medios para que su dominio llegue más lejos y más rápido. El comercio entero dobla la cerviz. Todo aquel que pueda, amplifica los sonos y cánticos. La estridencia

y el abigarramiento se vierten a la calle como antaño se vaciaban las micras después de acumular los detritos nocturnos. Ceden los barrios –igual los pobres que los opulentos– que crecen a la vera del espacio público. Las viviendas abren sus puertas.

Después la homogeneidad se apropia de los horarios y el dinero. Las rutinas se adaptan a las necesidades del virus. Las jornadas de trabajo se alargan, se acortan o se dividen para extender la fiebre. Los grupos más dúctiles –niños y jóvenes– están de vacaciones y en sus juegos, devaneos y artificios propagan la bacteria. Son los más ágiles y eficaces estafetas. Lo hacen entusiastas pero con voracidad y saña. Son cajas de resonancia que aumentan el estrépito. Son masa rítmica que se agita y genera vibraciones, oleaje, corrientes. Su presencia vocinglera y exigente ara, ablanda y agrieta a los adultos que son sus padres, sus vecinos, sus parientes, sus esclavos, sus títeres.

Los adultos disponen de más dinero, el poder reparte monedas y billetes recién homeados. Las vitrinas se inundan de mercancías lindas, coloridas, fragantes, apetitosas y brillantes. Para todos alcanza, nadie se va sin algo que dulcifique su gesto y ablande sus defensas o distracciones.

Los jóvenes complementan y mejoran el decorado. Lo extienden a los rincones más insospechados. Lo transportan de la calle, la vitrina y la pantalla al aposento, el baño, la cocina. Las ventanas son cubiertas con luces que corren, destellan, parpadean y exudan sonidos lacerantes. Las fachadas quedan ocultas detrás de una bisutería recargada y repetitiva. Es el barroquismo total del color, la forma y el tamaño. Todo se abigarra, se disuelve, se extravía. Intensas luces que titilan corroen la ciudad, le quitan su contorno y la vuelven coloidal sin forma.

Las pérdidas, las víctimas

La noche se hace extraña porque es el locus de la mentira. Las casas, los edificios, los parques, las avenidas, todo lo edificado, es dibujado con trazos de luces. Nacen árboles y animales que no existen en la ciudad diurna. Surgen niños en cunas y madres que

los cuidan sólo cuando se encienden, después de la puesta del sol. Arborecen pinos con frutos plateados. El cielo se oculta encima de una telaraña de estrellas y cometas amarillas. Al conjuro del relumbro, por milagro de la repetición, en la noche cae escarcha que se acumula en montoncitos brillantes, entonces pueden existir muñecos de nieve que se desplazan en trineos.

La uniformidad ha ganado tanto terreno que la población se entrega sin ningún escrúpulo. La invitan a su casa, le ofrecen su lecho, su inodoro, su estufa y su menaje. Le permiten que les escoja la ropa que lucirán en los siguientes días. Les diseña el menú y les dice cuándo comerlo. Les indica nuevos usos y disposiciones de los muebles, las cortinas, los tapetes, las toallas y limpiadores. Sintoniza sus canales y emisoras. Les deja lista la música que bailarán y los licores con los que celebrarán. Les enseña mantras, formulas, sortilegios y hechizos para que mascullen en los buses. Les da la receta para gárgaras y abluciones purificadoras. Dibuja en sus espejos las caras que después de ensayar y aprender adornarán sus fotografías y videos.

Las personas quedan abonadas para que sean la tierra fértil en la que debe germinar una semilla que se prepara en otro lugar. Todavía no es el momento del sembrador. La gran ceremonia apenas se prepara.

La homogeneidad se enseñorea de la ciudad, la diversidad es aplastada, los diferentes miran despavoridos. En todos los lugares se ve lo mismo porque sucede lo mismo. Todas las personas hacen lo que corresponde y en el mismo instante, con absoluta simetría y regularidad. La repetición de imágenes, sonidos y colores es un ácido, un detergente. Decolora y deshace hasta que todo es idéntico. El mundo múltiple y sorprendente desaparece.

Los que no soportan, las víctimas ya olvidadas, los que no se entregan, todos ellos se marchitan en el ostracismo. Hacen de su casa fortín. Si reciben visitas frecuentes, si por su hogar pasan niños o cuando no viven solos, el parapeto se reduce a su habitación.

Algunos no pueden hurtar ningún espacio material de la niebla que se espesa a su alrededor. A esos mutilados que renquean por los bosques ni siquiera les queda su pensamiento.

Su mente fue colonizada desde que se ocupa y esfuerza por rechazar, contradecir, negar, rumiar; ignorar; evadir o maldecir la enfermedad homogeneizante. En realidad esa es la primera gran victoria del conquistador: el desespero de los que se desesperan, la indignación de los que se indignan, la tristeza de los que se entristecen, la ajenidad de los que se sienten extranjeros, el aburrimiento de los que no se integran. La esperanza de los que esperan que este año la enfermedad sea menor y el delirio dure menos. La ilusión de los que desean sentir la fiebre y esta vez no quedar fuera.

Los territorios libres ceden, unos con sarcasmo, otros con discreción. Algunos con elegancia, los más osados con caricaturesca exageración. Allí se experimentan los síntomas más ligeros de la peste. La mismidad es más leve, la concesión menos afrentosa. La nivelación no es tan rotunda que los aplaste pero tampoco tan sutil que pueda ser ignorada. La invasión de esa identidad forzada en las zonas francas se manifiesta en una discreta parafernalia. Están los trazos básicos pero no hay abigarramiento ni estridencia. No se pervierten ni impiden las rutinas y ceremonias habituales. Se reduce la sacralidad sin llegar a la profanación.



En los ghettos la uniformidad se siente como un tercero en la mesa, un comensal inesperado, un aparecido. Exige acomodo, improvisación y paciencia pero no obliga a devolver la mesa o cancelar la cita.

La homogeneidad no se detiene cuando el collage se transmuta en una gran tela del mismo color rechinante. No para a pesar de que la polifonía se escuche igual —un permanente retumbar. No le basta con que todos coman con deleite y gozo el mismo platillo —aceitoso, escurriente y dulzón, cargado de especias que estragan el paladar.

No. Todavía falta el puntillazo final. El número del sembrador. La semilla todavía no se esparce por los campos fecundados que la esperan con apetito y placer anticipado.

La niebla de ácido, la mortaja que cubre la multiplicidad difunta, el velo que tapa lo diverso, la repetición reiterada son apenas pirotecnia, trueno y relámpago, telón de fondo, pista, anuncio, muestra, decorado, pregón, augurio.

El banquete de la victoria

El poder no descansa hasta imponer un modelo de felicidad, un deber ser único. La uniformidad se esfuerza para que todos crean que sólo hay una manera en la que se debe ser; que esa es la mejor y la verdadera. La conquista es un hecho si la sociedad entera queda convencida de que aquello que le muestran es real y debe ser así, aunque antes no lo fuera o en otros lugares sea distinto.

Se emprendió la guerra para borrar el pasado y así controlar el futuro. Se esparció el virus para que los cuellos queden rígidos y los ojos vean en una sola dirección. Para que las articulaciones de la cintura, las rodillas y los tobillos se enmohezcan y los pies avancen siempre hacia adelante. Para que las papilas registren un solo sabor. Para que las mentes conciban un solo paisaje.

Se niveló la existencia para rehacerla, ahora sí armónica y perfecta. Los cerebros que pretenden

pensarla y las manos que quieren dibujarla hablan un mismo lenguaje, piensan con idéntica lógica, persiguen un objetivo común.

La depuración comienza por reducir la diversidad de las imágenes que cada persona tiene de lo que resulta más etéreo pero más potente —e incontrolable y manipulable. Tal sucede con la esperanza, el bienestar, la confianza, la motivación. Con las actitudes individuales que sumadas, se supone, fortalecen a las sociedades y a los países. Con las formas de ser y hacer que hacen posibles la justicia, la convivencia, el respeto, la armonía, la seguridad, la camaradería. Con el espíritu solidario que alienta los valores y los compromisos. Con las circunstancias que permiten fluir lo mejor, lo más creativo, lo más altruista y hermoso del género humano. Con los premios que merecen los cumplidores y los castigos que debe aplicarse a los desviados. Con la paz y la felicidad. Con la satisfacción de sí.

El aturdimiento tenía ese fin: que cada persona tuviera fe en que si está vestida para la gran ocasión como indican los expertos, si conoce y tiene la voluntad de hacer lo que es debido, si todo lo tiene previsto, por el mérito que le dan su deseo, su esfuerzo y su intención, por eso solamente, la gran ocasión se va a presentar y, además, va a ser perfecta.

Para eso se repite, reitera y magnifica que un mundo mejor está al alcance de la mano. Que lo merecemos y estamos listos para vivirlo. Que los más capaces han visto ya la tierra prometida, que sólo basta con que sigamos sus indicaciones y estemos atentos a sus señales. Que podemos llegar sin esfuerzo a Ítaca, porque lo deseamos con fervor, porque nos lo hemos ganado después de tanto sufrimiento y privación.

En las dos últimas semanas de diciembre casi todas las personas creen con toda su fuerza que si dicen, hacen, se muestran, se relacionan, se ponen, se comen, van, vienen, adquieren, entregan lo indicado, lo correcto, que si actúan como se les dice, entonces van a alcanzar lo que desean. Pero ya no un deseo particular y concreto sino uno

abstracto y compartido por todos. La variedad infinita de los sueños, las ambiciones, los anhelos, las necesidades y las biografías se aplana hasta que se disuelve en las dos o tres letanías que se repiten desde noviembre.

La fe y el fervor —la fiebre— aumentan porque entonces la uniformidad destaca los comportamientos que unos pueden reconocer en otros. La repetición alcanza su clímax cuando en todas las caras aparece la misma sonrisa, todos dicen las mismas palabras y abrazan y besan de idéntica forma y por iguales razones. En ese instante es obvio que la sociedad es dichosa. Si no, ¿cómo se podría explicar que todos parezcan iguales al que está convencido, sin ninguna duda, de que se siente feliz? ¿Cómo no creer que ahora somos un individuo, una familia, un barrio, una ciudad, un país, un mundo armónicos si toda disonancia ha desaparecido? ¿Cómo no ceder a la evidencia de unidad y comunión si todos experimentan el ser de la misma forma?

Todo está consumado. Nadie se resiste ya. La agresión fue tan sistemática, la campaña conquistadora tan eficaz, los embates tan bien calculados y dirigidos que los refractarios, los descreídos, los rebeldes y los irredentos fueron eliminados, inutilizados, reclusos o huyeron. La sociedad fue librada de los que divergen, fue purgada de los que desnudan el mecanismo. Se apartó de los escogidos a los que gritan que el emperador desfila desnudo. Los redimidos se deshicieron de los que podrían amargar el festín de la celebración colectiva con su melancolía, sus recuerdos o su veneno.

La celebración es para los emotivos (no para los reservados) Para los espontáneos (no para los contenidos). Para los que expresan (no para los silenciosos). Para los gregarios (no para los huraños). Para los de risa fácil (no para los ceñudos). Para los desenvueltos (no para los tímidos). Para los flexibles (no para los rígidos). Para los que transitan ligeros por el presente (no para los que arrastran su pasado o su futuro). Para los que tienen esperanzas y certezas (no para los que moran la incertidumbre). Para los que se emborrachan, se hartan y se trasnochan (no para los abstemios, los

enfermos, los ascéticos o los deportistas). Para los que tienen familia (no para los solitarios). Para los heterosexuales (no para los homosexuales).

Están invitados los que trabajan (no los desempleados). Los fieles de una iglesia (no los ateos). Los niños (no los adultos o los ancianos). Los que saben bailar y cantar (no los torpes y desmañados). Los elegantes y lindos (no los desaliñados y deslucidos). Los sensibles a la imagen (no los amadores de la palabra). Los que disfrutan la estridencia percusiva (no los melómanos). Los nativos o los cosmopolitas (no los forasteros o provincianos). Los que tienen una sola faz (no los histriónicos o esquizoides).

Tampoco participan los que no fueron bendecidos —o lisiados— con la capacidad para tener fe. Los que siguen viendo aunque cierren los ojos. Los que no son lo que se esperaba de ellos. Los que no se conciben amados. Los que deben mentir, ceder o fingir para ser aceptados. Los que no se imaginan una vida diferente. Los que ya no desean. Los que saben que lo peor está por venir. Los que se sienten furiosos con el mundo. Los que aún no han vivido lo que más temen. Los que prefieren el recogimiento, la quietud, el silencio y la penumbra. Los que tienen hondas raíces e invariables rituales. Los que tienen memoria y le son fieles. Los que

saben que defraudaron o mintieron. Los que se sienten culpables o arrepentidos. Los que aman sin que a nadie tibia o cobije su amor. Los que se sienten fruta madura a un paso de la podredumbre.

Ellos son los excluidos y vituperados, los sometidos al escarnio. Ellos son los condenados a la lástima y la caridad. Si se sientan al banquete, comen las uvas y levantan la copa es para completar la gran escena de la reconciliación. Son el hijo pródigo que permite brillar al padre magnánimo. El mendigo para que el príncipe realice su generosidad. La bestia que deberá bailar el vals con la bella. El pecador que ansían redimir los redentores. El expósito para el que se decoran los albergues.

Los que no son incorporados al montaje deben abandonar la ciudad. La atmósfera que en el resto del año les permite vivir y los robustece en este tiempo los envenena y los mata. Fuera de su espacio-tiempo languidecen. En el entorno natural no llegan a frutecer. La ciudad arrasó con todos los invernaderos.

Cada año, entre noviembre y enero, la vida urbana los traiciona. Pero ellos perdonan a la ciudad y ella, hermana indiferente y fría, los vuelve a tolerar.

Bogotá, Enero 9 de 2006 *Arafia*

